

Pablo Guadarrama. *Cultura integracionista en el pensamiento latinoamericano*. Grupo Editorial Penguin Random House, 2021, 418 pp.

Roger Park Avila Vera

Universidad Nacional de Mayor de San Marcos, Lima, Perú

12030169@unmsm.edu.pe

ORCID: 0000-0003-0123-7053

Doctor en Filosofía por la Universidad de Leipzig y doctor en Ciencias por la Universidad Central “Marta Abreu” de Las Villas, Pablo Guadarrama González acaba de ser reconocido con uno de los premios nacionales de la Academia de Ciencias de Cuba por su obra *Cultura integracionista en el pensamiento latinoamericano* (2021). La oportunidad apremia presentar tan valiosa publicación producto de un largo y continuo trabajo de investigación. En este libro encontramos no solo estructuradas las ideas originales que nuestro autor ha presentado parcialmente a través de los años, sino que reflexiona desde las nuevas circunstancias —por ejemplo, la pandemia por coronavirus— y, por lo tanto, sobre los nuevos peligros que acechan el integracionismo latinoamericano.

El conjunto de la obra se compone de una introducción, tres capítulos, conclusiones, bibliografía y un índice onomástico, y tiene como objetivo “determinar el grado de elaboración del pensamiento latinoamericano sobre la cultura integracionista en algunos de sus principales representantes intelectuales y políticos al analizar las posibilidades y obstáculos de los procesos solidarios y de unión de los pueblos de esta región en sus luchas por la dignificación” (p. 28). En el primer capítulo encontramos cuatro momentos de dilucidación e interpretación sobre los fundamentos de estudio de la cultura integracionista latinoamericana. Así, en un primer momento, se proyecta como una utopía concreta el proceso de integración latinoamericana. Esto significa su materialización gradual, aunque de largo aliento, íntimamente relacionada con la consolidación de una identidad latinoamericana. En un emparejable segundo y tercer momento, encontramos aquellos elementos obstaculizadores y favorecedores, respectivamente, de la cultura integracionista. Entre otros fenómenos enajenantes y propiciadores del integracionismo latinoamericano hallamos, por ejemplo, la valoración de las civilizaciones originarias y el idioma. Mientras una mirada eurocéntrica subordina la historia y cultura nacional de los países, un nuevo análisis sobre las relaciones económicas,

políticas, militares, religiosas, entre otras, de las civilizaciones autóctonas representan la admiración en el imaginario popular de cada país y, por consiguiente, del ciudadano latinoamericano. Sin embargo, esto no justifica, como en el caso del idioma en el cual se restringe el solo uso de la lengua originaria, ningún tipo de enclaustramiento, es decir, que la sobrevaloración de lo propio no nos permita establecer vínculos, dialogar y participar de las grandes decisiones que se debatan en mesa. Finalmente, en un cuarto momento, se analizan las posibilidades de la educación superior en tanto su contribución en la superación de obstáculos de la cultura integracionista. Tales posibilidades connotan el deber moral de fundamentar las razones por las cuales la integración está por encima del carácter económico o político en las nuevas tendencias del mundo contemporáneo. En este sentido, la tarea de la educación superior no se atiene a la protesta por los obstáculos que implica el mundo globalizado para la integración, sino a “elaborar propuestas efectivas para su realización” (p. 150).

El segundo capítulo, con una estructura más histórica, nos presenta la contribución de algunos pensadores, entre los cuales destacan algunos ilustrados, Francisco Miranda, Simón Bolívar y José Martí. Entre los ilustrados encontramos nombres como Eugenio de Santa Cruz y Espejo, Juan Pablo Viscardo, José Joaquim da Cunha de Azeredo Coutinho, Francisco Javier Clavijero, entre otros. Este último es de notoria relevancia en la creación de conciencia de patria en la comunidad criolla a partir de su estudio sobre las civilizaciones precolombinas, en el cual engloba bien la idea de la reivindicación del indio y de los valores vernáculos de los pueblos originarios. Para sus contemporáneos, los levantamientos populares ya no solo expresaban el grado de inconformidad de la comunidad autóctona, sino también de criollos, intelectuales y funcionarios que reclamaban el derecho de autogobierno. Sobre la trascendencia del venezolano Francisco Miranda, Guadarrama toma posición a favor de considerarlo auténtico precursor del proyecto integracionista latinoamericano. Reconoce en él la convicción de “hacer realidad sus ideas no solo con la pluma, sino también con la espada” (p. 202). Se manejaba convenciendo a gobernantes y funcionarios sobre la viabilidad del proyecto de emancipación conjunta, fundamentada en las necesidades en común de los latinoamericanos. Resulta, con esto, ejemplo de personalidad que corresponde su pensamiento con su *praxis* política e, incluso, dispuesto a levantar las armas por tal ideal. Con respecto a Bolívar, se explica que la utópica consolidación de la soberanía de los pueblos independizados se concretaría desde el proyecto confederativo. A pesar de las diferencias y prejuicios que tuvo que enfrentar la emancipación conjunta, por ejemplo en cuanto a las diversidades étnicas de cada país o

la forma de gobierno a asumir, enfatizó la urgencia de la situación en la cual, para ilustrar el caso, el hecho de que “los españoles mantuvieran el dominio colonial en Perú significaría un extraordinario peligro para los demás países ya independizados” (p. 212). Finalmente, se centra en José Martí y su preocupación humanista¹ frente a los condicionamientos e intereses del vecino del norte: Estados Unidos. La búsqueda de una justipreciación de la condición humana se ven arraigadas en tanto “las convicciones anticolonialistas y antimperialistas de José Martí constituyeron premisa indispensable de su actitud” (p. 253). Y es que la nueva situación de peligro no se origina desde fuera del continente americano, sino que, con la denominada Doctrina Monroe, expresada en la fórmula “América para los americanos”, el imperio yanqui pretende solapadamente replicar los agravios e injusticias de la colonización europea a quienes no se subordinen a sus intereses.

El tercer capítulo se abre camino al final del tránsito de la vida colonial a la republicana. La emancipación de los países latinoamericanos está concretada, pero la preocupación por mantener la condición de independencia sigue vigente. En esta dirección, la exposición sitúa el integracionismo latinoamericano, primero, frente a la iniciativa panamericanista; segundo, al unísono del positivismo; tercero, en detrimento ante los intereses de las nuevas derechas; y, por último, en una dicotómica posición a superar ante la globalización. Lo primero se desarrolla con los diferentes intentos en mantener el ideario bolivariano confederativo del Congreso de Panamá de 1826, como los congresos de Lima (1847-1848 y 1864-1865), los cuales se vieron concretados al tener enfrentados la postura latinoamericanista y panamericanista en el congreso convocado en Washington en 1889. Años más tarde, Ingenieros² graficará la posición latinoamericana:

No somos, no queremos ser más, no podríamos seguir siendo panamericanistas. La famosa doctrina Monroe, que pudo pareceros durante un siglo la garantía de nuestra independencia política contra el peligro de conquistas europeas, se ha revelado gradualmente como una reserva del derecho norteamericano a protegernos e intervenirlos. El poderoso vecino y oficioso amigo ha desenvuelto hasta su más alto grado el régimen de la producción capitalista y ha alcanzado en la última guerra la hegemonía financiera del mundo; con la potencia económica ha crecido la voracidad de su casta privilegiada, presionando más y más la política en sentido imperialista, hasta convertir al gobierno en instrumento de sindicatos sin otros principios que captar fuentes de riqueza y especular sobre el trabajo de la humanidad, esclavizada ya por una

férrea bancocracia sin patria y sin moral. En las clases dirigentes del gran Estado ha crecido, al mismo tiempo, el sentimiento de expansión y de conquista, a punto de que el clásico “América para los americanos” no significa ya otra cosa que reserva de “América —nuestra América Latina— para los norteamericanos” (p. 289).

En un segundo punto, se explica la valoración positivista de la integración. Esta ya “no es búsqueda y aparición, sino reafirmación y reconstrucción de la identidad integracionista” (p. 298). Lo que se pretende es que la exhortación a la unidad integracionista signifique identidad en la diversidad, es decir, que las diferencias no vuelvan a representar un factor obstaculizador. Y, de ser el caso, puesto que siempre se ha dado, la resolución ante problemas entre hermanos latinoamericanos sea de carácter supranacional, continental. De este modo, Eugenio María de Hostos profetizará una “confederación providencial” refiriéndose a la significación y carácter progresista, consideradas hasta subversivas por el gobierno español, del proyecto de la “Confederación Antillana” donde aún no se había logrado la independencia (Guadarrama, 2004). La intención del tercer apartado se resume parafraseando la interrogante: ¿las nuevas derechas están más cerca del divisionismo que del ideal integracionista? (ver p. 335). El autor se inclina a una respuesta afirmativa. Si bien explica que la política de derecha tiene el potencial de un “arma de doble filo”, cuando es motivo de amenaza de intervención y, a la vez, posibilidad de revolución social (p. 242), también nos relata que, en la práctica, tiende hacia lo primero. De esta manera, se entiende, este es el verdadero sustentáculo para explicar que organizaciones intergubernamentales como la Comunidad Andina de Naciones (CAN, 1969) y el Mercado Común del Sur (Mercosur, 1991) actualmente se limiten a fines exclusivamente económicos, olvidando sus orígenes integracionistas. Se cierra el cuerpo de la obra desde la consideración de Immanuel Wallerstein: “el sistema-mundo moderno ha sido siempre una economía-mundo capitalista”. La cita implica la plena conciencia de la globalización como fenómeno principalmente económico, político y social, aunque también cultural e ideológico. La necesaria interrelación entre países, o internacionalización en el mundo contemporáneo, se ha desarrollado socavando el ideal integracionista. Sin embargo, esta aparente dicotomía, en realidad, no está restringida por el proceso de la globalización por sí misma, sino que depende de la pura voluntad política.

Finalmente, en el apartado de las conclusiones, se replica y estructura algunas de estas, logradas parcialmente en cada capítulo. No obstante, se destaca su

proyección, solo posible desde una mirada en conjunto y actualizada de la obra. El análisis no era solo para recontar el pasado del ideal integracionista latinoamericano, sino para plantearse su actualidad desde la justipreciación de tales propuestas. Como refiere Beorlegui (1989), siempre hubo ese interés por apropiarnos de la búsqueda de la identidad y la autenticidad, de nuestra forma de autopensarnos, pero, a la vez, la necesidad de situarnos ante la realidad próxima, de nuestra situación concreta. En pleno siglo XXI los obstáculos para establecer una cultura integracionista ya no son los mismos. Los nuevos retos de la globalización, el fracaso del socialismo y una verdadera representación popular son solo algunos de ellos. Pero, como confirma el análisis presentado, el planteamiento de las soluciones no comienza desde cero y la tarea está encomendada a un trabajo en conjunto de los países latinoamericanos.

Notas

- 1 El interés de Guadarrama se centra en la forma de cómo entender el humanismo. Así, explica con anterioridad (2004) que la condición humana en el pensamiento latinoamericano se ha visto amenazada por ideas alienantes a través de un proceso de transculturación desde los valores europeos. Considera a José Martí un pensador universal que complementa el ideario independentista, y advierte no solo la dirección que ha tomado el espíritu nórdico, sino que exhorta a los hermanos del sur a defender nuestra América.
- 2 En Ingenieros el progreso positivista no se desliga de una carga ética situada, la cual rechaza todo tipo de pretensiones imperialistas. En su caso, desde la divulgación del sentido de argentinidad que asume como tarea en su labor académica (Biagini, 1989).

Referencias bibliográficas

- Academia de Ciencias de Cuba. (2023). *Dictámenes. Premio Nacional de la Academia de Ciencias de Cuba 2022*. http://www.academiaciencias.cu/sites/default/files/adjuntoticias/Libro%20Dict%C3%A1menes%20Premio%20ACC%202022%20vers.%2004.2.pdf?fbclid=IwAR0AyyPBNydDnj2dq2dopV4xYE1EdgftYC3O76L-T8Ikml4_YscI38mBl_Kk
- Beorlegui, C. (2006). *Historia del pensamiento filosófico latinoamericano. Una búsqueda incesante de la identidad*. Universidad de Deusto.
- Biagini, H. (1989). *Filosofía americana e identidad*. EUDEBA.

Guadarrama, P. (2004). Hostos y el positivismo *sui generis* latinoamericano. *Revista de Historia de la educación latinoamericana*, 6, 209-234.

Guadarrama, P. (2012). *El humanismo en el pensamiento latinoamericano* (conferencia). [Video de Youtube]. <https://www.youtube.com/watch?v=FIWTbUJHUEk>